

Prologo.

Siempre he querido escribir algo significativo e importante: una novela que deje boquiabierto a quien la lea, un tratado sobre algún tema de relevancia social, o quizás un ensayo sobre mis memorias y reflexiones. Nunca lo hice. Ahora bien, son las 10:15 p.m. y estoy acostado en mi cama acompañado por un montón de cuerpos a quienes alguna vez tuve el honor de presentar como mi familia y amigos cercanos. El punto es que reconozco que no estoy muy bien, y ¿qué mejor momento para escribir que durante los últimos 5 minutos de mi vida?

Dentro de nada me desconectarán del respirador (aparato al que nunca accedí y estaba en total desacuerdo) y viajaré por el Nilo hasta el mas allá, a las happy hunting grounds, al cielo (o infierno), al purgatorio, al monte olimpo, a un nuevo cuerpo para reencarnar o la nueva franquicia de Worm'Donalds en el cementerio. Que se yo adonde iré, si es que voy a alguna parte. Aquí comienza todo, y termina con esta historia.

Cuando la conocí.

Siempre he sido un dormilón de primera categoría, con el sueño pesado y una dificultad tan grande para pararme en la mañana que casi parecen dos dificultades puestas juntas. Y aun así, anoche no pegue un ojo. Ya son las 6:00 a.m. Hoy comienzo la universidad.

Mi nombre es Damián Mencé, un hijo de emigrantes gitanos que odia la música flamenca, guapo para las peleas y las causas perdidas, cagón con las niñas y un duro en las matemáticas. Siempre quise ser abogado para poder darle a esta labia, que otros categorizarían de paja calificada, rienda suelta mientras me ampara la ley.

La carrera de leyes se me reveló cuando logré negociar una multa aquella vez que nos paró la policía. Éramos siete en un Fiat Uno, borrachos y con una trona del otro mundo, yendo a 120 por el boulevard Ringo Starr. Nos dieron más duro que a Van

Damme en una película de bajo presupuesto y nos tiraron en una celda hasta el día siguiente. La buena noticia: cero multa.

La buena memoria nunca ha sido mi fuerte, y la atención al detalle es casi tan buena como mi memoria. Entusiasmado mientras entro al edificio de la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad de Montevideo y Hierbaradio, le pregunto a un magíster con lentes, de abrigo blanco y mirada culta, por el salón de mi primera clase: introducción a la no-ética I. Poco después de que se riera de mi y en mi cara, me doy cuenta que no era mas que un estudiante de primer año, que me encontraba en la facultad de medicina y que el edificio de "abogaduchos" -como groseramente se refirió a los de mi futura estirpe- quedaba al lado. Como si fuera poco, mientras me iba arrecho, el sabiprofundo ese me grito riéndose: "¡¡¡Ah, y los abogaduchos empezaron clases el lunes pasado!!!"

Mas rápido que botellazo perteneciente a mujer de la buena vida, me volteé para clavarle el codo en esos culo e' botella que tenia puestos como paneles solares y fue ahí, ahí mismo, donde me dieron mi primera buena paliza universitaria. Quien hubiese pensado que esos nerds de medicina eran justamente los de la selección de karate. Me recuerdo que pensé "mierda".

Me desperté en una mesa de la morgue, con vendas por casi todo mi cuerpo, sofocado por el olor a alcohol isopropílico. Aparentemente me habían parapeteado mientras estaba inconsciente, me imagino que por algún sentimiento de culpa, por deber y respeto a sus filosofías orientales o miedo a que los denunciara por agresión. Cerca de mí, una chica hacía anotaciones en un bloc de hojas amarillas y líneas azules. Era lo más bello que jamás había visto: su forma, su textura, su aroma...no cabe duda: era un bloc de primera categoría.

-";Ya era hora de que despertaras, bello durmiente!"- dijo sonriente, mientras retiraba el bloc y me permitía ver su rostro.

-";Ahora si! -suspiré- Esto si que es lo mas bello que jamás he visto"- me dije en voz alta mirándola con cara de imbécil.

-“¿Qué?! -preguntó atónita con cara de escéptica- “Tu si que estas loco”- dijo mientras me acariciaba el cabello.

Cuando la olvidé.

Años más tarde, cuando me vi en un altar, con un monje budista enfrente y nuestras familias detrás, esperando mis votos de matrimonio, recordé en voz alta esa conversación y la llamé “mi chica del bloc” cuando la besé. A todos les encantó y pensaron que era lo mas dulce que podía haber dicho. En realidad se me habían olvidado los votos que había preparado.

No fue mucho después de eso cuando salió embarazada por primera vez. Aun después de nuestro decimoquinto hijo, ella continúa exigiendo ver El Paciente Ingles la noche después de dar a luz. Dice que la relaja. ¿Y como no la va a relajar? me pregunto sarcásticamente, si la película dura tanto que cuando termina ya le toca dar a luz otra vez.

Y sin embargo, ironías aparte, no hay nada mas dulce que ver como se ríe de la misma manera, del mismo chiste, con la misma ingenuidad e inocencia que cuando la vi por primera vez. A veces me pregunto, ¿Cuál sería el diámetro real de la tierra si esta no fuese ovoide, sino perfectamente esférica? Siempre me respondo que no sé, pero da igual...yo la quiero y ella me quiere. Por mi naturaleza, puedo afirmar que la comencé a olvidar cuando la conocí; y ella es lo que menos he olvidado en mi vida.

Cuando vi al doctor entrar, supe que ya era hora. Lo último que me acuerdo fue ver a mi chica, que ya tiene sus añitos encima y que en verdad ya no es tan chica como antes, colocarme un bloc de hojas amarillas y líneas azules encima de mi pecho, que también tiene sus añitos y que nunca fue tan peludo como hubiese querido. Me gustaría pensar que mi historia, aunque no la haya escrito, ha quedado escrita con la persona que me enseñó que los grandes amores surgen de historias fantásticas.